





RELATOS BREVES  
Y ADEREZADOS



Guillermo García Campos

RELATOS BREVES  
Y ADEREZADOS



Primera edición: junio de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Guillermo García Campos

ISBN: 978-84-10400-00-9

ISBN digital: 978-84-10400-01-6

Depósito legal: M-15209-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Mari Carmen*

*A Viridiana*

*A Octavia*

*Mis tres amores*





## Índice

Presentación.....	10
1 Antonio Vasconcelos Acosta .....	12
2 Me enamoré de un cadáver .....	32
3 Cuenca Pino.....	40
4 El iluminado .....	52
5 Memorias de un boxeador.....	58
6 Amadíz .....	70
7 El Negro.....	94
8 El día de la pantera y el león .....	100
9 Obstinada memoria (notas).....	112
10 El naufragio .....	130
11 Encuentros.....	186
12 Un ser sin edad.....	188
Agradecimientos.....	192



## Presentación

Queridos lectores, he aquí este conjunto de Relatos breves y aderezados, que quisiera presentarles, ellos son un ensamble de realidad y ficción, la lectura de hechos humanos, de vivencias comunes que, de alguna u otra manera, nos atañen a todos. En algunos de ellos, he buscado, conscientemente no situarlos en ciudades, calles, barrios o países (bien que, inspirados claramente de América Latina, mi continente de origen), ello, para justamente, intentar «probar» que son cosas que pasan en cualquier parte, que solo hay que observarlos de cerca o revivirlos en nuestra memoria para realizar que los hemos experimentado en carne propia. En otros, la ficción es más acentuada, pero nunca fantástica, porque no es mi objetivo. Otros, están situados en Europa, ligados o no, a la historia reciente de América Latina, a la trama de violencia desencadenada por las dictaduras de las décadas de los 70 y 80 (época de la cual fui partícipe). He querido también, escribirlos en un lenguaje accesible, que no dificulte su lectura, que sean coloquiales, así como contados para ser escuchados. En lo personal, ha sido un

enorme placer hacerlo porque me ligan a la riqueza de la vida, a esa cotidianidad que muchas veces, se nos escapa de la atención y que luego nos sorprende cuando nos enteramos por la prensa o de otra manera. Tampoco he querido complicarlos entrando en profundidades filosóficas, morales o políticas, pero, no obstante, vierten una opinión clara a través de los personajes, de los hechos que cuentan. Lo que he buscado, por encima de todo, es la amenidad, el que sean ligeros y sin embargo significativos, que lleven emoción, afecto, drama, simpatía, sensualidad, como se dice en el lenguaje musical, tal un «divertimento». En lo formal, tampoco he entrado en estructuras complejas, algunos son pequeñas novelas, otros se acercan al cuento, en suma, están escritos con simpleza, pero no exentos de riqueza lingüística, de exigencia literaria, de poesía.

GUILLERMO GARCÍA CAMPOS  
Bruselas, Bélgica. 2024

Guillermo García. Campos ha sido compositor, autor e intérprete, músico profesional en el seno del grupo musical chileno Quilapayún, periodista en París y Bruselas, profesor de música en la Educación Secundaria de la comunidad francófona belga.

# 1

## Antonio Vasconcelos Acosta

Durante la travesía que hizo en un desvencijado carguero que demoró tres meses en llegar a Río de Janeiro, con muchos de sus enseres y su vieja sirvienta ya decrepita como compañía (quien no cesó de vomitar durante el largo trayecto a causa del mareo provocado por el continuo movimiento del navío), Antonio Vasconcelos Acosta aprovechó ese tiempo para leer atentamente todo lo que logró reunir como información sobre aquel extenso y desconocido país llamado Brasil. Se informó sobre las costumbres, comidas, riquezas naturales, ciudades, la selva, los indígenas, el arte, la arquitectura, la historia, su música; pero, sobre todo, estudió atentamente los documentos y planos que le habían llegado de aquel lejano territorio que, hasta antes de embarcarse, solo le era una especie de leyenda y alguna escasa noticia leída a la rápida en algún periódico, cosas que nunca lograron despertar su interés.

No le interesaron hasta que recibió aquel paquete de documentos por correo certificado, asunto que lo obligó

a tener que ir a retirarlo personalmente en las oficinas centrales de esa institución en el centro de Lisboa. Cuando volvió, lo depositó sobre el pequeño secretario del *ball* de entrada de la enorme casona que, ahora, habitaba solo. Aquello lo perturbaría incesantemente durante semanas, sacándole violentamente de su rutina, prolijamente establecida y, por supuesto, jamás quebrantada en cuarenta y ocho años de vida de discreta soltería. Su ama de llaves lo cambiaría de lugar, desplazándolo al escritorio del cuarto en el que él dormía desde que fallecieron sus padres, allí en el primer piso, al fondo del largo pasillo de la casona, lejos de ruidos y malos recuerdos.

Pero la vista del paquete lo inquietaba y lo angustiaba aún más, como toda nueva situación que rompiera su tranquilidad, su orden preestablecido, el que cotidianamente seguía escrupulosamente. Era como si estuviese vivo, pensaba, cuando ya se encontraba en sus labores bancarias, concentrado en el control de las cuentas de los clientes; «de mis números», como los llamaba. Durante semanas, lo observó de lejos sin atreverse a tocarlo: cada vez que pasaba junto a él, lo evitaba haciendo un semicírculo, dándole la espalda para no verlo; sin embargo, tampoco atinaba a saber por qué su presencia lo obsesionaba a ese punto, sentía un mal presentimiento. El paquete en cuestión era un envoltorio prominente de grueso papel color marrón-crema, amarrado por una ancha cinta roja con membretes, sellos notariales, además de los del correo brasileño.

No obstante, una mañana, la siguiente del día de asueto mensual que se acordaba a sí mismo y después

de haber dormido plácidamente ayudado por el alcohol ingerido por la noche, por fin lo abrió, ya sin temores que lo frenaran, se sentía desinhibido; lo que descubrió lo impactaría terriblemente, sumiéndolo en un mar de preguntas, angustias, dudas, tristeza y una depresión que durarían meses en disiparse; dudas que, además, nadie en su familia podría aclarar, era él el único sobreviviente.

Efectivamente, Antonio Vasconcelos Acosta es el único descendiente de una antigua familia de carniceros de Lisboa, el único de ellos que no haría ese oficio por tenerle repulsión a la sangre, por provocarle a su vista y olor una especie rarísima de urticaria que, además, le postraba por días en una somnolencia profunda, teniendo como consecuencias la pérdida temporal de la memoria y de la audición. Vasconcelos habitaba desde pequeño un espacioso y antiguo caserón de la calle de la Concepción en la vieja Lisboa, propiedad de sus padres, no lejos de la plaza del Comercio en el barrio de Chiado, casi al borde del Tajo. Sus únicas compañías desde la trágica muerte de sus padres eran un viejo loro desplumado que alguien le había regalado durante su niñez y Clementina Figueredo, su ama de llaves, otra alma solitaria que había renegado hacía ya casi un siglo de los hombres y de todo lo que les concernía. Antonio trabajaba en el mismo banco desde los diecinueve años, allí lo llevó su padre cuando ya no pudo soportar los desvanecimientos continuos de su único hijo, cuando lo acompañaba a los mataderos y cuando comprendió que el heredero del imperio de carnicerías del que era propietario no habría de continuar con el dig-

no oficio que por cinco generaciones había hecho de los Vasconcelos una familia conocida y respetada en toda Lisboa. Antonio se quedó desde aquella época en el mismo puesto, en el cual lo nombraron revisor de cuentas. Jamás puso en duda la palabra de sus jefes, ni tuvo discordias con sus colegas, ni tampoco pidió aumentos de sueldo, ni permisos especiales para ausentarse; trabajaba silenciosamente desde temprano en un diminuto despacho sin ventanas del cual salía a las cuatro de la tarde en punto, cuando su Rolex, regalo de su madre para sus quince años, le anunciaba con una dulce campanita la hora de partir.

La familia Vasconcelos fue siempre devota, su madre, doña Herminda Acosta Castello-Braganzas, hija de notarios ilustres, se había refugiado desde muy joven en una inquebrantable fe religiosa a prueba de todos los males de la tierra; mujer de una extrema dulzura y bondad, hizo de Antonio un ser callado, obediente y taciturno. Ella era todo para él, es por esto por lo que, cuando el automóvil que los llevaba al Algarve y que conducía su padre se desbarrancó, quitándoles la vida a ambos, fue la más grande y dura pérdida de toda su existencia, lo más grave jamás vivido por aquel ser silente y solitario. Aquello lo llevaría a hacer varias tentativas de suicidio. Doña Herminda era todo lo contrario de su marido, don Eliecer Vasconcelos Doumos; hombre duro, exigente, dominante, que dirigía sus negocios con inteligencia y eficacia, pero con mano de hierro, de quien Antonio, a pesar de su casi total ausencia como padre, adquiriría una gran destreza en sacar



cuentas, una intensa pasión por los números, cosa que indefectiblemente le serviría más tarde en su profesión y muchas veces como refugio cuando las dudas y angustias existenciales lo acosaban; en aquellos lances, cualquier cálculo le era posible.

Antonio pasó la infancia sin hermanos, ni amigos, su madre se ocupó de llenar el espacio que estos no tendrían en esa parte de su vida. Durante aquella época, sería ella quien cada día lo llevaría de la mano a la escuela y estaría allí esperándolo a la hora de fin de jornada; ella quien lo acompañaría a la iglesia los domingos, le haría descubrir la biblia, se la leería antes de dormir; ella quien le hizo conocer la vida de santos, apóstoles y papas de Roma; ella quien le ayudó en sus deberes escolares, quien controlaba su limpieza, su compostura, su hablar. Esto se prolongaría hasta la preadolescencia, cuando Antonio entró como interno en el colegio de los padres escolapios en Santarém, lejos de Lisboa y de su madre; época dura y triste para ambos. Su padre decidió que debía alejarlo del hogar porque, según decía, el niño pasaba demasiado tiempo pegado al regazo de su madre y al de las mujeres de la casa, que podría salirles desviado si eso continuaba. Antonio no aprendió los juegos de los niños, ni el fútbol en las calles, ni las peleas a puñetazos hasta entrada su adolescencia, no tuvo gato, ni perro. Tampoco la cercanía de alguna niña; las únicas mujeres que vio en su intimidad en aquella época de su vida fueron solo mujeres adultas: doña Herminda, su madre; sus abuelas, Isolda y Lucrecia, materna y paterna respectivamente; Clementina, el

ama de llaves; Asunción, la cocinera; Dolores, la lavandera; su atractiva tía Inmaculada, hermana de su padre; Milagros Espínola, su bella profesora de catequismo, y Laurence Duprieux, la árida y ácida profesora de Francés. Fue en la soledad del internado donde Antonio comenzaría a indagar y a descubrir que su cuerpo existía, que tenía sensaciones a las cuales nunca antes había puesto atención; también comenzaría a espiar aquellas mujeres que formaban parte de su vida desde hacía tanto tiempo y que, hasta allí, jamás le habían despertado preguntas ni deseos de ningún tipo; todas ellas eran seres que le resultaban ser grandes incógnitas. Pero todo ello lo viviría sumido en un profundo sentimiento de culpabilidad y de vergüenza que a duras penas logró aplacar durante las misas y confesiones matinales a las que debía ceñirse. Fue en aquel tiempo que un hecho importante marcaría profundamente su espíritu dejándole huellas indelebles en la mente y un pronunciado gusto por las cosas péfidas del sexo.

Aquello sucedió uno de los fines de semana de los que pasaba en familia, y que aquella vez se reducía a la presencia de su madre y la del ama de llaves; su padre, como siempre, ausente lejos de Lisboa por negocios, según explicaba antes de desaparecer por días y días. Doña Herminda lo buscaba por la enorme casona hacía ya largo rato para que fuesen juntos a caminar por los bordes del río; Inmaculada, la madrina de Antonio, pasaría por ellos aquella tarde, como habían previsto. Eran alrededor de las 16 horas, Antonio había encontrado el rincón más

solitario para hojear una revista pornográfica traída del internado, como lo hacían todos sus compañeros. Doña Herminda abrió la puerta sin saber que su hijo se encontraba allí, ese cuarto era, además, el retrete de la servidumbre; pero en su afán de encontrarlo había llegado hasta la parte baja de la mansión, allí donde a veces Antonio solía estar cuando de pequeño, acompañando a Dolores la lavandera, esta planchaba las ropas de la familia mientras le contaba historias y cantaba para él. Ella pasaba frente a la puerta del cuarto y creyó escuchar un leve gemido que le hizo pensar que un gato rondaba el subterráneo, empujó con fuerza la puerta y lo que vio la aterrorizó: lo sorprendió agachado sin pantalones, masturbándose embobado en las fotografías de la revista. La pobre mujer tuvo un choque violento al ver a su hijo manipulándose la verga erguida y, como si hubiese visto al diablo, despavorida, corrió por las escaleras hacia la parte alta de la casona y desapareció; Antonio no logró volver a verla ni ese día ni tampoco el siguiente, partiría apesadumbrado rumbo a la estación donde lo esperarían algunos de sus compañeros. Aquella tarde, la vergüenza, la culpabilidad y el miedo no lo dejaron tranquilo. Desde la biblioteca, donde se refugió temblando, escuchó la llegada de su madrina, que hablaba con el ama de llaves, y como esta le decía que doña Herminda no se sentía bien y que prefería que no la molestasen. La sintió aproximarse hasta donde él estaba, el terror y la vergüenza lo inmovilizaron en su asiento, Inmaculada rozó apenas sus cabellos en un gesto de saludo, Antonio asintió levemente con la cabeza, pero las

respuestas no salieron de su boca cuando la mujer quiso saber qué era lo que pasaba con su madre y con él, que estaba tan pálido y tembloroso; la siguió sin decir palabra alguna por las terrazas que recorrieron saludando gentes que, para él, aquella tarde, no poseían rostros. El adolescente no pudo deshacerse de la mirada de espanto de su madre ni del violento sentimiento de culpabilidad que lo invadió y que perduró durante semanas. Volvió a casa y la buscó angustiado infructuosamente, la casona en penumbras empeoraría sus mórbidas sensaciones; por primera vez en su vida tuvo pulsiones de muerte. Del asunto no se hablaría jamás entre ellos, y, desde aquel hecho, le costaría mucho volver a casa los fines de semana, ya no podría cruzar la mirada límpida de aquella mujer quien, además, no volvió a acercarse a él; un muro invisible se había instalado separándolos para siempre.

Aquel capítulo se cerró lentamente con otros acontecimientos que vendrían a sumarse a sus vivencias, descubrimientos y decepciones; hechos que transformarían definitivamente su ingenuo respeto por las creencias, lo adentrarían más en su soledad y harían de él ese solitario y secreto ser que sería el resto de su vida. El internado serviría para completar ese profundo e imperceptible cambio de piel que paulatinamente había comenzado a transformarlo; allí, en discusiones y conversaciones con sus camaradas, aprendería todo lo necesario. Ahora, como un *voyeur*, observaba de lejos a sus padres, sentía sus silencios, descubría sus secretos y todo un lenguaje de cosas no dichas, de gestos y actos jamás confesados.

Descubrió, por ejemplo, que su padre frecuentaba asiduamente los burdeles de Lisboa; aquello lo supo sin sorpresas un día en que, siguiendo a sus compañeros, llegó hasta aquel barrio a experimentar su primer encuentro pagado con una mujer de carne y hueso. También supo que este mantenía relaciones secretas con Dolores, la lavandera, y que la bella morena poseía un hermoso y sensual cuerpo que entregaba alegremente y mansamente a su padre cada vez que este lo exigía con solo mirarla a los ojos. Les escuchó reír muchas veces detrás de las puertas o desde los rincones donde se escondió para observarlos. Pero un hecho en particular provocaría un efecto radical en su persona y completaría ese lento y contradictorio aprendizaje del que era objeto. Fue una tarde de oscuros nubarrones y breves tormentas de verano, y, como era su costumbre, había buscado el lugar menos accesible para sentarse a leer sus revistas pornográficas traídas del extranjero. Se había instalado en el tejado, al borde exterior de la ventana de su cuarto, en lo más alto de la casa; desde allí escuchaba el ruido sordo de la ciudad, los sonidos del puerto no lejano, las voces de las gentes transitando por el barrio; el sol desaparecía a ratos oscureciendo el cielo, el aire marino le agradaba. En eso estaba cuando creyó percibir en el ala opuesta al de su habitación, a través de las ventanas, una lamparilla que cruzó fugazmente por el pasillo interior de la casona. No le dio importancia inmediatamente por lo absorto que estaba en su lectura y excitación, pero, unos instantes después, la curiosidad pudo más que las fotografías, y esto lo llevó a dejar su guarida

para ir a ver si lo que había percibido era bien real. A aquella parte de la casa, pensó, no venía más que él y solo a su cuarto para dormir; no era fácil desplazarse por allí, puesto que los pasillos estaban atosigados de antiguos muebles, cajas y baúles que ya no entraban en los cuartos adyacentes, cerrados con llave herméticamente y que nunca había tenido intención de visitar. En ese cuarto y a ese nivel de la casa, le hizo instalar su madre semanas después de lo sucedido en el retrete del subterráneo; obedeció silenciosamente, como siempre. Allí encontró todas sus pertenencias, sus juegos de infancia, sus libros de imágenes, la biblia con cubiertas de papel de oro que su madre le había regalado al cumplir los diez años, sus antiguos cuadernos, las bucólicas acuarelas colgadas en los muros, su pelota de basquetbol —único deporte que le apasionaba—, las fotografías de antiguas vacaciones pasadas con su madre, su bella tía y un tipo de rasgos serios; «Nunca supe quién era», pensó al observarlas cuando se reencontró con esas imágenes. No se sintió extranjero en aquel cuarto, puesto que hasta la cortina que ornamentaba la ventana era del mismo color y los mismos dibujos que de su antigua habitación. Allí, en la soledad y el silencio balbuceando melodías escuchadas en otra parte, se cobijaba pasando el largo o corto tiempo que duraban sus estadias en la familia. A ese lugar y en su presencia, ni la sirvienta venía, los toques estridentes de una campana instalada en el corredor le indicaban las horas de comer.

Saltó del borde de la ventana hacia el interior y cruzó su cuarto abriendo con cautela la puerta; a pesar de no creer

en fantasmas, sentía temor. Miró hacia todos lados, el pasillo estaba silencioso y en penumbras, no había bombillas suficientes y los muebles y enseres instalados allí cortaban la luz dejando densas zonas de sombra que le atemorizaban. Avanzó silencioso por el largo pasillo esquivando los obstáculos, este le pareció aún más extenso y oscuro de lo que hasta ahora había pensado; mientras avanzaba, iba tanteando las puertas que permanecían herméticamente cerradas, en el último recodo del largo pasillo dio con una minúscula escalera que no conocía, allí, la oscuridad era total, trastabilló bruscamente al intentar abordarla; se dijo que necesitaba una lamparilla, pero no volvió atrás a buscar la que poseía y que mantenía en el velador de su cuarto en prevención de un posible corte de electricidad. A cuatro patas y dificultosamente, subió por la estrecha armazón, le invadía una especie de frenesí que lo empujaba a continuar a pesar de sus temores y de la oscuridad reinante. Jadeante, llegó hasta la puerta que, cerrada, le cortaba el paso; se puso de pie y buscó la manilla, no había; de pronto, un ligero quejido, que más parecía un llanto, lo paralizó aumentando sus aprensiones. Tembloroso, pensó que la posibilidad de que fueran fantasmas era aún más evidente, se preguntó si volvía atrás y bajaba a pedir ayuda, pero no lo hizo, allí se quedó esperando hasta que un nuevo quejido le sobresaltó; buscó en sus bolsillos el pequeño cortaplumas suizo que su padre le había regalado hacía solo un par de semanas con motivo de un paseo al campo que hicieron en familia, lo abrió a tuestas y buscó la cerradura, había aprendido a abrir las puertas sin necesidad de las llaves, era

como todos sus compañeros salían de juerga por las noches, juergas a las cuales, por supuesto, se habría de sumar, también silenciosa y discretamente. Logró abrirla sin hacer ruido, los quejidos se hicieron más cercanos y frecuentes, en puntillas entró al espacio que, en apariencia, estaba a oscuras, pero que, al habituarse, consideró suficientemente iluminado, ordenado, limpio y perfumado con un penetrante olor a incienso; avanzó lenta y cuidadosamente reteniendo la respiración en dirección al lugar de donde provenían los quejidos; su curiosidad crecía al distinguir en la penumbra lo que le parecían ser tótems como los que había visto con frecuencia en las revistas de historietas que leía de niño. Agazapado como un felino, se fue acercando entre los objetos hacia el centro de aquel espacio, hasta que quedó suficientemente cerca de aquello que casi le paraliza el corazón de sorpresa: allí, de rodillas, frente a un enorme crucifijo, estaba su madre; el cuerpo desnudo, los senos y las espaldas sangrantes, un pequeño látigo de cuerdas metálicas en la mano, el rostro inundado por las lágrimas, la vista suplicante vuelta hacia la imagen del sufriente Cristo. Antonio quedó paralizado por largos segundos, el corazón batiendo a toda velocidad, los ojos exorbitados, fijos en el cuerpo sangrante de aquella mujer, que continuaba a flagelar sus pechos y su espalda, y a proferir quejidos y palabras ininteligibles. Las lágrimas le inundaron, tuvo escalofríos, sintió que debía salir rápidamente de allí; si no, se ahogaría. Sintió deseos de gritar, pero allí, en aquel lugar, sabía que no podía hacerlo, que había traspasado una frontera, que había violado un territorio vedado. En aquellos segundos,



se sintió diminuto, invadido por la culpabilidad y la vergüenza; sin embargo, no se movió de su sitio y continuó a observar lo que pasaba. Vio que, por momentos, el rostro de su madre parecía iluminarse de placer cuando se lacera-  
ba con secos y bruscos golpes; vio que aquel blanco cuer-  
po que siempre le pareció rígido y arropado hasta el cuello,  
y que ahora descubría allí, parecía ondular, ágil y liviano,  
torciéndose como una serpiente. Algo que conocía le ha-  
cía quedarse, comprendió que era la misma sensación, ese  
mismo algo que lo llevaba al sótano a esconderse para tra-  
tar de observar o escuchar a su padre fornicar con Dolo-  
res, la lavandera o a seguir a sus compañeros a los cuartos  
de los lupanares que visitaban de tiempo en tiempo. Com-  
prendió que los espasmos del cuerpo de su madre eran  
los mismos que los de la sirvienta, y que no eran de dolor.  
A gatas, se alejó hacia la puerta, en la penumbra volvió a  
trastabillar con la estrecha escalera, creyó ser descubierto,  
pero prosiguió rápidamente su descenso hasta llegar a su  
cuarto, donde se refugió cerrando la puerta con llave; allí  
esperó un largo rato tratando de escuchar los pasos de su  
madre por el corredor, pero no lo logró, se durmió agita-  
do. Lo despertó abruptamente, el sonido estrepitoso de  
la campana que le anunciaba la hora de comer. No quiso  
bajar, partiría al internado por la tarde del día siguiente sin  
despedirse, sin haber visto ni hablado con nadie.

Pasaron las semanas, los meses, a nadie le hablaría  
de lo que había vivido; durante ese tiempo estuvo como  
ausente, en sus cursos, en las misas, las correrías de sus  
camaradas, dejó de hacer sus trabajos, no lograba con-

centrarse, ahora tenía con frecuencia pesadillas sádicas donde se veía ser azotado por el látigo de su madre; aquel hecho le había perturbado profundamente y se había vuelto una obsesión que le invadía recurrentemente. Volvía puntualmente a Lisboa cada fin de semana deseando fervientemente encontrarse de nuevo con aquella situación. Ya nunca más volvería a ver a su madre con los mismos ojos, el muro de distancia se acentuó y un dejo maligno le inundaba cuando se encontraba frente a ella; lo mismo con su padre que ahora, insistentemente, lo invitaba a salir con él cuando se encontraban en casa. Antonio se negaba, sabía que el asunto era ir a visitar las prostitutas del barrio de La Alfama y que eso no le interesaba, menos aún si era con su padre. Pero el hecho no se repetiría nunca más, en vano espiaría a su madre, vigilando aquel oscuro pasillo que llevaba hasta el altílllo. Con el tiempo, la imagen se fue convirtiendo en una especie de sueño que muchas veces invocaría, y que solo le dejaría una fuerte sensación de frustración, una rabia interior que afloraba a ratos, haciéndole destruir lo que tuviese en las manos.

Esa fue la vida de Antonio durante la adolescencia, muchos otros hechos se acumularían en su memoria a lo largo de aquellos sombríos años, pero todos ellos se conectaban con esa sombría tonalidad que le habitaba desde su infancia; en aquella época, las más felices vivencias eran relegadas, empujadas a una especie de baúl que él había fabricado en su mente, inclusive cuando conoció a Ifigenia do Pozo, la más hermosa, feliz y tierna chica

que pudo conocer en aquel tiempo. Pasajera del mismo bus en el cual regresaba o partía cada fin de semana de Lisboa, Ifigenia era una joven enfermera que trabajaba en un vetusto hospital aledaño a las instalaciones donde Antonio estudiaba. De algunos años mayor y dotada de una alegría excepcional, Ifigenia había despertado en él algo que no conocía, y que en vano trataba de disimular en su presencia; mezcla de admiración, ternura y deseos, sensaciones que lo ruborizaban y lo intimidaban, haciéndole perder el control de su persona. Pero, a pesar de que aquello sería, tal vez, lo más bello de sus vivencias afectivas en toda su vida, que Ifigenia haría todo por guardarlo cerca, a los meses de haberla frecuentado, Antonio la rehuiría refugiándose, como siempre, en su solitaria manera de existir. De aquella época, solo la amistad callada pero leal de Federico Carreiro, bibliotecario del internado, sería la frecuentación más asidua que Antonio tendría. El hombre, tan silencioso y ensimismado como él, le abriría a la lectura de todos aquellos autores que los curas consideraban prohibidos; así, tuvo, durante años, acceso a Sade, James, Maxwell, a obras como el *Lancelot* de Chrétien de Troyes, *Tristán e Isolda* de Gottfried von Strassburg, el *Roman de la Rose* de Guillaume de Lorris, Jean de Meun y *Vita nuova*, la *Divina comedia* de Dante Alighieri, también *Facetiae o Facecias* de Gian Francesco Poggio Bracciolini, el *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, *Novellae* de Girolamo Morlini, *Le Petit Jehan* de Antoine de la Salle. Todavía más recientes: *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence, *Trópico de Cáncer* de Henry Miller,

*Historia de O* de Dominique Aury, *Emmanuelle* de Emmanuelle Arsan, *Lolita* de Vladímir Nabokov, *Travesuras de la niña mala* de Mario Vargas Llosa, *Las edades de Lulú* de Almudena Grandes, *Cien cepilladas antes de dormir* de Melissa Panarello o al *Diario de una ninfómana* de Valérie Tasso.

Pero ahora, muchos años después, sentado allí en la cubierta del barco bebiendo alegremente un Martini seco, mientras revisaba acuciosamente aquellos documentos que lo llevaron a cambiar abruptamente el curso de su existencia, Antonio sentía una satisfacción que nunca antes había experimentado, los recuerdos ya no le pesaban, pero, además, un sentimiento nuevo lo invadía de más en más con el transcurso de aquel viaje; aquello le henchía los pulmones, lo hacía dormir sin pesadillas, lo hacía cantar bajo la ducha, le daba una tonicidad que no había imaginado poseer, se sentía alegre y emotivo, en una palabra: libre. Eso lo llevaba a estar dicharachero, amistoso, abordando a las pocas pasajeras solteras del barco, con elegancia y sutileza, entablando diálogos livianos sin su timidez de antaño, bebiendo y bailando hasta tarde por las noches en la cubierta del navío. Las discusiones con su vieja ama de llaves ya no lo enervaban, la pobre mujer se sentía perdida con todos esos cambios y ya casi no lo reconocía, no solo porque su vista no le ayudaba. El tremendo choque que le provocó y que le hizo desvanecerse hasta la inconsciencia, cuando entre los documentos encontró y leyó la carta que su madre le dirigía, ahora estaba olvidado, sumergido definitivamente en el limbo, consumido por el fuego, cubierto de polvo y de cenizas;

así lo decidió aquel día de agosto: terminar para siempre con los muchos y largos años de su tristeza. En aquella añosa misiva, su madre le confesaba que su padre no era su verdadero padre, que lo comprendería al recibir y leerla, eso sucedería cuando ella y el «legítimo» hubiesen, los dos, fallecido, que era así, que lo habían acordado entre ambos. Le pedía perdón al Todo Poderoso y a él mismo, su hijo, por haber pecado tan gravemente, por el silencio que guardó en vida sobre su origen, que era hijo del amor puro y sagrado que había vivido con aquel hombre. Le decía que, como madre, lo había amado sobre todas las cosas terrestres, que lo amaría in sécula seculórum. En efecto, su padre de sangre había fallecido hacía más de dos años. Canónigo de la catedral de Bello Horizonte, en el estado de Minas Gerais, durante un largo período, terminó haciéndose millonario con las plantaciones de café, negocio en plena expansión en aquel país. El cura había pasado por Lisboa hacía casi cincuenta años, misionado como párroco de la iglesia Santo Domingo. Fue cuando conoció a la joven devota doña Herminda Acosta Castello-Braganzas (la madre de Antonio) y la sedujo; se amaron arduamente hasta que, bruscamente, fue obligado a partir de Lisboa por decisión de Roma. El escándalo fue evitado, la familia Castello-Braganzas había descubierto el entuerto; se dirigieron directamente al papa, obligaron a Herminda a parir en París y exigieron que el cura desapareciese de Portugal. En sus primeros años, Antonio no vio a su madre, fue amamantado por Lucinda Açoés, una criada traída de Angola. El asunto

es que Antonio Vasconcelos Acosta había descubierto, además de su verdadero origen, que era un rico heredero, propietario de vastas plantaciones de café en Brasil. Que, ahora, con aquel viaje, se disponía a tomar alegremente posesión de ellas y a vivir, definitivamente, su nueva vida, como Colón cuando descubrió América, se decía.

Lisboa se despertó en llamas aquel 25 de agosto de 1988, el fuego devastó con rapidez inaudita el casco viejo de la ciudad, no menos de quince grandes inmuebles fueron consumidos por las llamas. Todo el barrio de Baixa Pombalina, que constituía el núcleo más importante del patrimonio cultural e histórico de Lisboa, quedó gravemente dañado. Nada igual había sucedido, de tanta importancia, desde el terremoto del 1 de noviembre de 1755, cuando toda la parte baja de la ciudad sucumbió a las violentas sacudidas del sismo. El fuego dejó siniestrados tres barrios, es decir, toda la parte que fue reconstruida en el siglo XVIII por el marqués de Pombal, después del terremoto, en la zona más prestigiosa de la ciudad, allí donde estaban instaladas las familias importantes, sus lujosas mansiones, las conocidas Tiendas del Chiado, el Museo discográfico de Lisboa, el elegante Café Ferrari, las grandes Tiendas Grandela y otros edificios y marcas prestigiosas instaladas de antigua fecha en el sector; en suma, una gran pérdida para Lisboa. De todo aquello, a pesar de ser una noticia difundida a lo largo y ancho del planeta, Antonio no se enteraría hasta tres meses después, el día en que desembarcó allí en la bahía de Guanabara al hojear un periódico, pero no haría ningún lazo

con la pira que él mismo prendió de rabia y dolor allí, en lo que había sido su hogar, en el barrio de Chiado. El desembarcadero estaba prácticamente desierto, los policías de la aduana apenas miraron los pasaportes y papeles administrativos de los recién llegados, deshaciéndose rápidamente del trámite de taponarlos, sin ni siquiera controlar bultos y valijas; los cargadores brillaban por su ausencia, los pocos que había no daban a vasto con tanta maleta. Los pocos taxis que tomaban a los viajeros que descendían por la pasarela lo hacían de mala gana y eran tan pocos que la mayoría de los pasajeros prefería partir a pie con lo que podían de carga en los brazos, dejando, para otro día, volver para recuperar el resto. Se dijo que debía encontrar rápidamente solución al problema, y no solo con el que ya tenía con su vieja sirvienta, que, atónita, miraba todo aquello como si fuese su primer día de vida. Le ordenó secamente que se quedase sentada sobre los bultos, mientras, él iría a buscar ayuda en la ciudad; la vieja dama se encaramó como pudo sobre los equipajes reunidos por él y, como un niño obediente, se aprestó a esperar pacientemente a que él volviese. Después de mucho deambular en el recinto portuario buscando ayuda y de hacer muchas preguntas e inútiles llamadas telefónicas a sus contactos, se realizó de que nadie lo esperaba y que se había quedado solo, allí en medio de esa gigantesca instalación, con diez enormes maletas, un voluminoso baúl de madera y doña Micaela da Souza, que lo acompañaban desde Lisboa. Comprendió entonces que todo lo que hacía era inútil, que, aquel día, nada ni nadie se

movería por él para sacarle del puerto y llevarlo inmediatamente a sus plantaciones, como tanto lo deseaba; que debía calmar los ímpetus que lo empujaban; que había que aceptarlo: Brasil estaba de fiesta, Río de Janeiro, en pleno apogeo de Carnaval.